

siendo pesimista con respecto a él». Lottman asegura que Camus nunca fue marxista, y tenía ciertas dudas respecto al análisis materialista de la historia; antes de afiliarse al Partido, no había leído ni a Marx, ni a Engels, ni a ningún otro filósofo comunista. Y esto explica, sin duda, su flexibilidad en las discusiones. Su lenguaje no era el de un dogmático, nunca abandonó la fina ironía de la que hacía gala y que escondía a una persona tímida y tierna.

La disidencia de Camus quedó oficialmente inscrita en junio de 1937. Al principio, la mayoría de sus camaradas le apoyaron. Posteriormente fueron renunciando uno a uno, convencidos por la lógica de la línea del Partido u optando por la disciplina contra la lógica.

En el transcurso del proceso, Camus se levantó para defenderse y justificar la tendencia disidente. Criticó la ausencia de comprensión en la dirección del Partido respecto a la evolución social del pueblo argelino oprimido por el colonialismo, evolución que, según su opinión, carecía de cohesión y podía degenerar en un nacionalismo exacerbado. Existían alternativas pacíficas a la violencia, dijo, sólo que, ateniéndose a su programa, el Partido omitía considerar tales soluciones. Nadie le respondió.

Aunque muy pocos de sus amigos, incluso de los más cercanos, llegaron alguna vez a saber lo que sucedió en el seno del Partido Comunista, los efectos de su desilusión, disidencia y expulsión aparecen claramente reflejados en las actividades intelectuales de Camus durante todo 1937.

El hijo del Mediterráneo y las mujeres

Todos los que por aquel entonces conocían a la pareja coincidían al pensar que Camus no había elegido la facilidad al enamorarse de Simone Hié. Efectivamente, ligarse a aquella mujer no era precisamente el camino para un final feliz. Para Albert Camus esa chica hechizante (él no tenía aún diecinueve años y ella no tenía aún dieciocho cuando se hicieron novios) servía de objeto a sus ensoñaciones, de auditorio de sus poemas en prosa y cuanto más etérea se mostraba más le encantaba. Pero ese aspecto de otro mundo acabó explicándose de manera más prosaica. Simone buscaba «un desarreglo de todos los sentidos», a la manera de Rimbaud, y lo encontraba en la droga. Según versiones de familiares y amigos, aquella joven extraña, caprichosa y mitómana, embujaba a los médicos para obtener las drogas que necesitaba, cuando había agotado las reservas farmacéuticas y los talonarios de recetas de su madre. Toda su vida transcurría después entre clínicas privadas y casas de reposo.

En aquella época, Camus pensaba que podía salvarla, y que tal vez tendría más oportunidades de conseguirlo si se casaba con ella. El matrimonio no solucionó nada y en septiembre de 1936 se separaron, aunque él siempre intentaría ayudarla a lo largo de sus altibajos. Simone murió en 1970 después de haberse vuelto a casar y divorciado por segunda vez.

Este primer fracaso amoroso no hundió a Camus, ni le llevó a separarse del mundo, sino todo lo contrario. Como él mismo nos dice: «Nunca dejé de buscar la amistad dulce y reservada de las mujeres». De hecho tuvo buenísimas amigas que le duraron toda la vida. Con una vivió aventuras románticas, otras fueron sus iguales a las que comprendía y le comprendían y se sentían capaces de seguir a su amigo en sus aventuras culturales e incluso en las políticas.

Su biógrafo señala que por algunos ha sido calificado como un don Juan que despreciaba a las mujeres a las que seducía, que era un rompecorazones consciente de serlo. Pero esto sería demasiado simple. Gran parte de sus mejores amigos eran y serían siempre mujeres; también podían ser amantes.

En los cuatro años que transcurrieron entre su separación de Simone y su segundo matrimonio se sabe que sostuvo una relación estable con una amiga, y muchas otras menos regulares. Cuando decidió casarse con Francine Faure, la que sería hasta su muerte su segunda mujer, escribió una historia en la que describía cómo un hombre podía estar enamorado de dos mujeres simultáneamente, siendo una de las dos su mujer. Ese hombre era él mismo.

Destacamos aquí dos nombres de mujeres con las que mantuvo una amistad amorosa que duró hasta su muerte. Una es la escritora Blanche Balain, quien asegura que su relación con Camus es, sin duda, el acontecimiento más importante de su vida, y la actriz María Casares, hija de Casares Quiroga, un primer ministro español en el exilio.

Optimista respecto al hombre

A lo largo de toda su vida Camus fue invitado e incitado a alinearse del lado del cristianismo, pero no cedió nunca. En tiempos del París ocupado escribió a un amigo: «Tengo amigos católicos y, a los que lo son de verdad, les tengo más que simpatía, siento un acuerdo total con ellos. Es que, de hecho, se interesan por las mismas cosas que yo. Según ellos la solución es evidente, para mí no lo es...» El sugería que los católicos y los comunistas tienen mucho en común, pues ambos creen en un absoluto, en este mundo o en el otro. Por su parte, iba a permanecer alejado tanto del cristianismo como del marxismo, rechazando cualquier forma de mesianismo y conformándose con «dar forma a lo relativo».

Por aquellas mismas fechas, en plena guerra mundial, se pregunta en un diario, con qué derecho podían reprocharle un comunista o un cristiano su pesimismo; no era él quien consideraba que el hombre estaba perdido sin Dios o quien mostraba la actitud de sospecha hacia sus semejantes de que daban prueba los marxistas. El cristianismo se muestra pesimista con el hombre y optimista respecto al destino humano, el marxismo, pesimista con la naturaleza y el destino humanos, pero optimista respecto al avance de la historia. «Por mi parte diré que, pesimista en cuanto a la condición humana, soy optimista respecto al hombre».

Esta filosofía de fondo que marcaría toda su actividad humana, queda maravillosamente reflejada en *La peste*, donde describe a la generación que vivió la Segunda Guerra Mundial. Es un relato intenso de los hechos que ocurrieron en aquellos años de posguerra, durante los cuales todas las llagas del ser humano salían espontáneamente a relucir y se manifestaba el desorden reinante en el mundo. Tarrou, uno de los personajes de la novela confiesa: «Con el tiempo he llegado a comprender que los mejores no pueden evitar hacer en este mundo cualquier acción sin correr el peligro de hacer también morir; he aprendido así que todos estábamos en la peste». Pero Tarrou no se desespera, porque «resulta preciso hacer lo necesario para no seguir siendo un apestado; y sé que esto es lo único que puede hacernos esperar la paz y elevar a los hombres». En ese salir de la peste —en el sentido físico y moral— hay que convertirse en un verdadero médico de almas y cuerpos que sepa curar plagas y víctimas. Se llega entonces a lo que Camus llama «honradez», dejando incluso su vida en el empeño, porque se ha hecho carne de su carne esta reflexión: que el hombre es una idea; pero una pobre idea cuando se aparta del amor.

La honradez, el propio oficio, la salud integral de los otros, bastaría para alcanzar lo que Camus llama «la religión de la dicha». Religión sin idealismos ilusorios que nos engañan e impiden el modesto quehacer cotidiano de realizar algo para los demás, de ayudar a que quienes nos rodean sean más sanos en cuerpo y alma, sin pensar en hacer cosas colosales, sino a pie de tierra. La liberación de Francia del yugo nazi trajo al país una explosiva alegría; pero llegó otra vez la peste. Por eso es preciso recoger fuerzas internas —parece decir Camus—, para que el mal no nos coja de sorpresa y olvidemos que hay que seguir luchando. Y entonces nos muestra que Sísifo, el mítico personaje de la lucha constante, es el hombre mismo; y éste tiene una salida que no posee el animal: la lucha por la salud humana del otro.

La enseñanza de la vida que Camus recoge es que el futuro se hace de presentes, no de evasiones a las nubes pretendiendo grandes cosas que nunca llegan. Cuando intentamos una engañosa radicalidad de evasión, nos sentimos después frustrados y sin ánimo de hacer nada eficaz en el plano humano; de aprendices revolucionarios nos convertimos en pasotas. La vida, en cambio, nos enseña a no ser héroes, sino humanos.

Este es el mensaje de Camus, tan cercano al realista del Evangelio. Hay que superar las visiones radicales del mundo: ni la optimista ni la pesimista son reales. Por eso insistía al decir: «Hay que poseer una sabiduría de la vida en lo inmediato y no en lo lejano...»

Contribuir a la felicidad y a la alegría

En tiempos en que la pena de muerte estaba a la orden del día, una nota suya referente al «indulto» proclamaba: «Debemos servir a la justicia porque nuestra condición es injusta, contribuir a la felicidad y a la alegría porque este universo es desdichado. Por lo mismo, no debemos condenar a muerte puesto que nosotros mismos estamos condenados a muerte».

En diciembre de 1944 expuso con claridad la sencilla moral en la que se basaba su posición: «Nuestros obreros no deben aspirar, como sucede, a la vida burguesa», que él definía como una vida gris de barrio periférico, amueblada a precio barato en los grandes almacenes y distraída con el cine de los domingos por la tarde. Pues si la clase obrera iba a dirigir el día de mañana Francia, para que el ascenso que los esperaba tenga sentido, es preciso que los trabajadores franceses conserven una conciencia justa de esta grandeza y de esta angustia». Lo que quería era, en suma, una clase obrera noble y estimaba «que hay en el hombre más cosas dignas de admiración que merecedoras de desprecio».

Camus también insistió mucho en la necesidad de haber vivido la pobreza para poder hablar de ella, insistencia que parece querer justificar su propia obra, pero también constituye un proceso a la pobreza, pues nunca trató de sugerir que ésta fuera útil al arte sino todo lo contrario: «Un exceso de pobreza recorta la memoria, debilita el impulso de las amistades y de los amores. Quince mil francos al mes, la vida de la fábrica, y Tristán ya no tiene nada que decir a Isolda».

Al cumplir los treinta años consiguió expresar lo que consideraba punto de partida para que la vida humana llegara a ser verdaderamente humana. Se trata de hacerse dueño de uno mismo: ser fiel a sí mismo es la fidelidad primera, las demás fidelidades vienen por añadidura. En su diario escribe: «A cada uno de nosotros corresponde sacar partido dentro de sí mismo de la mayor capacidad del hombre, su virtud definitiva. El día en que tenga un sentido el límite humano, se planteará el problema de Dios. Pero no antes, nunca antes de que esta posibilidad se haya vivido hasta el final. Sólo hay un objeto posible para las grandes acciones y es la fecundidad humana. Pero antes que nada hacerse dueño de uno mismo».

El día de su entierro, en el último adiós, el ministro André Malraux resumió en unas pocas palabras: «Hacia ya más de veinte años que la obra de Camus era inseparable de la obsesión por la justicia. Despedimos a uno de aquéllos por los que Francia se mantiene presente en el corazón de los hombres».

Beben, bailan, aman y duermen

El 3 de mayo de 1947 el *Samedi soir* publicó en portada una foto de Juliette Gréco y de Roger Vadim «intercambiando ideas deprimentes a la entrada de una *cave* existencialista». En las páginas interiores hablaba de aquellas *caves* en donde «ahora los existencialistas, sin duda a la espera de la bomba atómica que les es tan grata, beben, bailan, aman y duermen». Primero habían sido pobres, pero ahora —decía el artículo—, Sartre, Beauvoir y Camus se habían enriquecido a costa de la literatura, lo mismo que Fulano en el cine y Mengano en el realismo proletario...

Efectivamente, después de su jornada de trabajo en Gallimard, Camus salía de su despacho, y a veces, proponía a su secretaria, Suzanne Labiche, que lo acompañara.